

Viena, parada y fonda de grandes pícaros: Gusman von Alfarche, Simplicissimus, Estebanillo González y la Pícara Courasche

MANUEL JOSÉ GONZÁLEZ
Universidad Complutense de Madrid

Antes de iniciar el vagabundaje o mejor dicho el «vagamundeo» aventurero de nuestro cuarteto de pícaros por latitudes no frecuentadas por muchos de sus congéneres, voy a presentar y a situar en el tiempo y en el espacio —aunque sea muy brevemente— a nuestros tres «héroes» y a nuestra «heroína», para así poder más fácilmente acompañarles en sus truhanerías, bufonadas y valentonadas.

Los límites geográficos serán la Austria actual, y la meca, la Viena siempre hospitalaria, con algunas escapadas inevitables y justificables a Praga, capitalidad imperial cesárea en el xvii, enclave histórico de las circunstancias bélicas de la Guerra de los Treinta Años. De guías turísticos nos servirán los más viajeros y los más europeos de los de su calaña, teniendo que prescindir de otros más caseriles —como Lázaro, cuyas aventuras y desventuras discurren entre las ciudades del Tormes y del Tajo, o la Pícara Justina, madre putativa de la Coraje, quien tendrá a Mansilla de las Mulas y comarca leonesa como escenario provinciano de sus fullерías.

Sin embargo, los pícaros seleccionados y por mí contratados para nuestra excursión picaresca por Viena, son más internacionales, pertenecen a los «pesos pesados de la picardía». Si bien admito que los tres grandes, arquetipo del género en la literatura española, son Lázaro, Guzmán y Buscón, soy de la opinión que Simplicissimus debe ocupar el puesto del Buscón, si ampliamos nuestra reseña a la picaresca europea. El «Estebanillo González» y la «Pícara Coraje», segundones epigónicos para cierta crítica, son para mí «menores

grandes» con derecho propio a figurar en este «retablo» en el que Guzmanes y Simplicissimus ocupan el altar mayor, ya que la «Coraje», por agallas y méritos propios y de Grimmelshausen es superior a la Justina leonesa, y el «pseudopícaro» Estebanillo, emparentado por apellido con el Lázaro González creador de la especie, está en la línea europea del Simplicissimus, como coprotagonista de relieve en el escenario bélico del xvii europeo.

Quiero con estas líneas justificar la selección y catalogación que de ellos anuncia el título de este ensayo, y defender la teoría de que no existe un modelo o arquetipo de pícaro/a y que lo que engrandece y enriquece esta especie narrativa es precisamente su pintoresquismo, y la variedad, tan vasta como variopinta, de modelos y formas ¹.

También pretendo dejar muy claro que «el viaje o el viajar» —con otras de sus variantes como huída, escape, desplante, o sus procedimientos: tomar las de Villadiego o poner los pies en polvorosa— es uno de los recursos literarios consustanciales a la picaresca. Y que la corte —como justificante de mi enunciado— y concretamente la vienesa, era lugar de tránsito y transacción, de meta y obsesión de estos trotamundos. Sírvanos de ejemplo la corte madrileña que, por ocupar el epicentro del reino y estar ubicada en el cruce de caminos y calzadas que conducían a cualquiera de los lugares de la rosa de los vientos, era catalogada de «parada y fonda» obligatoria. Y los testimonios de su importancia brotan a raudales del sabio cronista y de los pícaros. Pablos, el quevediano, decía que en la corte se encontraba siempre «el más necio y el más sabio, y el más rico y el más pobre» ². «Las harpías en Madrid» ³, sevillanas vividoras, que guiadas como polluelas por su madre, se trasladan a la corte, cual otra Coraje a Viena, para hacer su agosto, nos confiesen que «Madrid (es) un maremagno donde todo bajel navega, desde el más poderoso galeón hasta el más humilde y pequeño esquife; es el refugio de todo peregrino viviente, el amparo de todos los que buscan su grandeza, anima a vivir en ella; su trato hechiza y su confusión alegra». Y así se explica y justifica que estas «andariegas» o «amigas de andar», como se autodefine Justina o estos «viandantes» rompan con el entorno rural familiar heredado que les asfixia, para a pie, a caballo, en mula o en diligencia, desplazarse a la gran ciudad en busca de fortuna, o acompañando a sus amos, léase: Salaman-

¹ Para el lector interesado en la picaresca europea ofrezco en la bibliografía, a modo de decálogo, los ensayos o manuales, ya clásicos, sobre el tema; sin distingos de nacionalidades o lenguas.

² Véase Francisco de Quevedo, *El Buscón*. Ed. de Domingo Yndurain, Madrid, Cátedra, 6.^a ed. 1984, p. 191.

³ Ed. de Zamora Vicente.

ca, Toledo, Alcalá, Sevilla, Segovia, Roma, Valencia, Bruselas, Praga, Viena...».

Esta última será como Madrid, «hospicio de todas las naciones»⁴.

Siguiendo, pues, la génesis o cronología de cada una de las cuatro obras elegidas, damos paso al «*Gusman von Alfarche*», de Albertinus, hermano gemelo del «*Guzmán*» de M. Alemán.

GUSMAN VON ALFARCHE, EL PRIMER PÍCARO ALEMÁN

Gusman von Alfarche es la versión alemana del *Guzmán de Alfarache*, corregido y ampliado —y nunca mejor utilizado el término— si bien reformado, por un contrarreformista o converso del protestantismo al catolicismo, el holandés asentado en Munich, Aegidius Albertinus. Así se comprende —aunque no se justifique— que los alemanes, echando las campanas al vuelo, hablen del «erster deutscher Schelmenroman», la primera novela picaresca alemana, aparecida en Munich en 1615, bajo el título: «*Der Landstörtzer: Gusman von Alfarche oder Picaro genannt. Theils auss dem Spanischen ver-teutsch / theils gemehrt und gebessert*»⁵.

Sea ello como fuere, lo que sí es cierto es que «*Gusman von Alfarche*» y *Guzmán de Alfarache* son la misma persona, hijos del mismo padre —Mateo Alemán— aunque *Gusman* tenga sus deudas con el tal Juan Martí, cuya apócrifa continuación, segunda parte del «*Guzmán*», conocía también Aegidius Albertinus. Lo que también está de sobra reconocido es que, si *Lazarillo* es el protopícaro y *Pablos*, el *Buscón*, al archipícaro, *Guzmán* es el arquetipo del pícaro, y si «el pícaro halo de ser por herencia», de herencia sevillana —como «al galgo la ralea»— por nacimiento, infancia, adolescencia y parentesco les viene al *Gusman* alemán y a su directo descendiente *Simplicius Simplicissimus*. Y es que el *Guzmán de Alfarache* da «mimbres para mucho cesto». Pero como nadie es pícaro en su tierra, *Guzmán* comenzará muy pronto —adolescente como todos ellos— su vida pública. Ya en la corte, «viéndome perdido, comencé a tratar el oficio de la florida picardía», el que desempeñará en España y le llevará a Italia. «como su natural era bueno, terminará arrepentido, retornando al natal terruño».

⁴ *La niña de los embustes, Teresa de Manzanares*. Ed. A. Valbuena. En: *La novela picaresca española*, Madrid, 1968, p. 1550.

⁵ Para el título completo y citas de dicha obra, me estoy refiriendo a la completísima edición de Albertinus por Guillaume van Gemert: *Die Werke des Aegidius Albertinus (1560-1620)*. Amsterdam 1979.

Sin embargo, Gusman, nacido unos quince años después (1615) (1.^a parte del *Guzmán de Alfarache* 1599, 2.^a parte 1604), será más europeo, y como veremos más adelante, Albertinus le reserva un viaje como cómico de la legua por Alemania, en la que estaba en aquellos tiempos incluída Austria; y aunque no pase por Viena, podemos imaginarnos que vivirá —aunque con menos participación que Estebanillo— los carnavales vieneses, que debían ser ya famosos en aquel entonces. Como nuestro Guzmán ha sido ya presentado indirectamente en nuestra introducción, cedamos paso al más simple —según su apodo— de los simples: Simplicius Simplicissimus, dejando constancia de que Guzmán es el «pícaro por antonomasia» y la narración de su vida «la novela picaresca por excelencia»⁶.

SIMPLICIUS SIMPLICISSIMUS, CONTINUADOR DE LA HERENCIA HISPANA DE GUZMÁN

A Simplicius hay que situarlo en las antípodas de su coetáneo y comilita Esteban González. Simplicissimus, el pícaro alemán que simboliza —y tan dignamente representa a su literatura en esta parcela— sería impensable sin Lázaro y sin Guzmán; sin embargo, analizándolo desde la diacronía y desde una perspectiva histórica europea del género, habría que colocarlo entre los grandes, cerrando, por su cronología (1668!), el ciclo.

Si como dice la pícara Justina «bien haya el que a los suyos parece», Simplicius, también «antihéroe itinerante», seguirá la senda moralizadora diseñada por Guzmán: «hice lo que otros. Todos juraban y jugaban, todos robaban y sisaban», y acompañará a la soldadesca —escalonando todos los cargos de la milicia hasta la oficialía. Y siempre con los horrores de la guerra como escenario, salvo una escapada a París y otra a Rusia. Pero mientras la Guerra de los Treinta Años servirá a Estebanillo de pretexto para sus fanfarronerías y valentonadas, Grimmelshausen, el autor del *Simplicissimus*, utilizará su relato épico para ofrecernos un cuadro de los horrores de la guerra, de la ruina material y moral de su país, corazón de Europa: Hessen, Renania, Westfalia (Soest como punto clave) serán el centro de sus aventuras —en ese permanente «hin und her», vaivén del pícaro, «bald Herr, bald Diener», ora señor, ora criado. Señor será Simplicius durante su breve estancia en Viena, acompañando a su fiel amigo del alma, Hertzbru-

⁶ Véase Alberto del Monte: *Itinerario de la novela picaresca española*. Madrid, Lumen, 1971.

der, al comienzo del libro V, cuando ya la novela camina hacia su ocaso. Allí nos encontraremos con él más adelante ⁷.

ESTEBANILLO GONZALEZ, EL MAS EUROPEO DE LOS PÍCAROS ESPAÑOLES

Esteban González, presunto autor de *La vida y hechos de Estebanillo González*, pone en 1646 el broche de oro —aunque para cierta crítica no pase de argenteo— a la picaresca hispana. Yo no voy a meterme en camisa de once varas ni a perderme en disquisiciones de si es obra menor o mayor, de si entra o sale de pleno en los esquemas o moldes narrativos del Lazarillo o el Guzmán. Básteme traer a colación el juicio de Juan Goytisolo, quien lo considera «la mejor novela española escrita en el siglo XVII (si exceptuamos, claro está, *el Quijote*)». Tampoco voy a detenerme a husmear cuestiones de autoría y ascendencia. Contentémonos con saber, según él mismo declara, que «Estebanillo González me llamo por mar y por tierra», aunque solían llamarlo ‘Stefanillo’, Piccolomini, su amo, y su secretario Useppi. Y que lo que sí está testimoniado con su obra es que era: «hombre de buen humor», «flor de la jacarandaina», trotamundos galopante, anticipo de robinsones, «medio gallego-medio romano», apátrida, mozo de muchos amos, aprendiz de profesiones varias y maestro de no pocas, como: soldado, cocinero, «vilandero», romero-barbero, «caballero aventurero», correo imperial, bufón («mi oficio es el de buscón y mi arte el de la bufa») ⁸, etc. Estebanillo —europeo itinerante— fue pícaro intermediario de culturas, costumbres humanas y relaciones amorosas y se movía como pez en el agua en las cortes europeas de Bruselas, Viena, Varsovia, Florencia. Según leemos en su biografía, de «cada nación tomaba algo» y según testimonia literalmente, como se codeaba únicamente con gente de alcurnia, poseía el don de lenguas: «te certifico —informa— que con el alemán soy alemán, con el flamenco, flamenco; y con el armenio, armenio; y con quien voy, voy, y con quien vengo, vengo» ⁹.

El mapa de sus «hechos» se despliega en un área muy extensa, similar a la de *Simplicissimus*, destacando ambos sobre sus congéneres hispanos o alemanes —más nacionales y menos inclinados al turismo internacional—. Am-

⁷ Siempre que se haga referencia al *Simplicissimus* cito por la edición alemana de Alfred Kellertat, Munich, Winkler Verlag, 1958, y la española de Manuel José González; Madrid, Ed. Cátedra, 1986.

⁸ Véase *Estebanillo González* T. II, p. 43. Según la exhaustiva y magistral edición de Antonio Carreira y Jesús Ant. Cid; Madrid, Ed. Cátedra, 1990.

⁹ *Idem*, t. I, p. 38.

bos pudieron haber coincidido –según las fechas bélicas atestiguan– en su peregrinación al santuario mariano de Loreto en Italia. Pero si exceptuamos precisamente el país de su ascendencia paterna serán Flandes y el Centro de Europa, concretamente el territorio del imperio habsburgués, el escenario principal de sus idas y venidas. Y después del «friísimo» Flandes, donde «ni aún por lumbre volvería», a velocidades supersónicas, se presentará en ocho días en Austria, donde lo encontraremos, a su debido tiempo, fanfarroneando en Viena.

«COURASCHE», LA PÍCARA ALEMANA «BIEN APICARADA»

Vamos a completar este retablo presentando a la archipícara universal, «quintaesencia de la picardía», Courasche, hija ilustre y bien adiestrada de la española Justina, dechado de rufianas y tahuras, producto antisimpliciano de la guerra, inmortalizada por Brecht, en la Madre Coraje, y también conocida como Libuschka y el mancebo Janko. ¡Coraje merece por méritos propios ser incluida en la nómina de las grandes! Espoleado por el éxito de *Simplicissimus*, Grimmelshausen fue adicionando a su novela primera una serie de «continuaciones» conocidas por «Simpliciadas», todas ellas –lógicamente– vinculadas al *Simplicissimus*, siendo la segunda de éstas –quizás la mejor lograda– la titulada «*Landstörzerin Courasche*» o *Pícara Coraje*. Publicada dos años después del *Simplicissimus*, en 1770, viene a ser una réplica antimachista y una venganza de la mujer pícara del arrogante pícaro alemán, quien en su autobiografía hace una alusión a una «bella dama que presumía de noble», pero que en realidad era más «móbilis que nóbilis»¹⁰.

La originalidad de Grimmelshausen dentro de la tradición picaresca –escribe Parker en su ya clásico estudio «Los pícaros en la literatura»¹¹– se hace más patente aún en su segunda novela «*La Pícara Coraje*». Aunque siempre se alude a su filiación con la pícara Justina, la influencia de ésta no ha sido demostrada hasta ahora, teniendo que contentarnos con mencionarla como motivación o elección por parte de Grimmelshausen de la pícara como protagonista¹².

Lo mismo que en *Estebanillo* o en *Simplicissimus*, la Guerra de los Treinta Años será su campo de actividades: la prostitución, el robo, el pillaje,

¹⁰ Véase *Simplicissimus*, ed. española, p. 416.

¹¹ Véase Parker A. Nota 1.

¹² En la actualidad, una doctoranda del Departamento de Filología Alemana de la Univ. Complutense, Gemma Bartolomé, está investigando sobre dicha cuestión.

la venta de quincalla y de aguardiente serán algunas de sus artes. Varios serán sus maridos —y de todas las graduaciones—, será excelente administradora de sus ganancias —con una buena cuenta en Praga— y después de la batalla de Nördlingen, derrotados los enemigos de la casa de Austria, se propone pasar los años por los campos de batalla y las fortalezas más famosas, teniendo la ciudad natal de Praga como el epicentro de sus andaduras. Viena será por primera vez fonda de lujo de una pícara, viuda joven, maestra en los artilugios para atraer y rendir a los hombres y llenar la faltriquera ¹³.

Una vez familiarizados con nuestros cuatro pícaros, acompañémoslos hasta Viena, siguiendo el orden de presentación.

«GUSMAN» PASA, MURMURANDO, POR TIERRAS GERMANAS Y ENSALZANDO A LA PRINCESA MARGARITA

El *Gusman von Alfarche*, según testimonia Albertinus en el interminable título barroco, «recorre casi todos los lugares del mundo, prueba toda clase de estados, servicios y empleos, experimenta y sufre múltiples bienes y males,» etc., etc. Entre estos lugares del mundo, no hollados por el Guzmán de Mateo Alemán, se encuentran los del Centro de Europa a donde el alemán —por iniciativa propia— traslada a nuestro protagonista, aunque para seguir «atrayendo la atención del lector» aduzca que procede del original español. Se trata de toda la II parte del *Gusman de Alfarche*, toda ella creación de Aegidius Albertinus.

La nueva ruta que seguirá Gusman le trasladará de Bolonia al Tirol y concretamente a Innsbruck, desde donde cruzará toda Alemania, sin alusiones toponímicas ni topográficas específicas, hasta llegar a Westfalia. Antes de llegar al Tirol, no podría menos de peregrinar hasta el famoso santuario mariano de Einsiedeln —concomitancia con Simplicissimus y Estebanillo o viceversa—. En Innsbruck «ciudad universalmente conocida» —esto es todo cuanto directamente averiguamos por boca del pícaro español— se encuentra con un grupo internacional de comediantes, cómicos de la legua. Debo de informar que con antelación Gusman comienza a trabajar como minero —ocupación impropia de un pícaro, como demostrará muy pronto nuestro «Gusmandl», «Gusmanito», como le llamarán cariñosamente los compañeros de la farándula—. Al negarse a trabajar de noche —aunque no se encuentra a disgusto bajo tierra— es despedido por falta de celo en el trabajo. Sin embargo

¹³ Las citas referidas a *Courasche* están igualmente tomadas de la ed. alemana de Kelletat. Véase Nota 7.

será feliz en su nueva profesión y en su nuevo papel de bufón español con guitarra y todo. «*Similis simili gaudet*» solía exclamar. En aquel batiburrillo farandulesco —había franceses, ingleses, neerlandeses e italianos— presumía nuestro sevillano de políglota, pues hablaba «italienisch-spanisch-latein und halb gebrochenes deutsch»: ¡hubiera sido digno de ver a nuestro cómico andaluz chapurreando alemán!

Nos dice también que su amo se llamaba Pantaleón y nos facilita alguna información superficial del tipo de obras que representaban y ... nada más. En el capítulo siguiente (cap. LV, II parte) sin despedirse de los tirolenses, comienza diciéndonos que con su «compañía de comedias pasé a Alemania, donde encontré hoteleros y posadas muy especiales». Alemania y los alemanes del gremio hotelero no gozan de excesiva simpatía en la pluma del converso holandés. «Me maravillaba —escribe— de que en las ciudades, aldeas y mercados, grandes y pequeños, por donde pasábamos, hubiera tantas fondas y que los vecinos sólo pensasen en ‘fressen, suffen, singen, tanzen und springen, juchzen und schreien’ (cap. LV, pág. 461), lo que no había visto en ninguna parte del mundo, ni en ‘Hispania’ ni en ‘Italia’».

La panorámica humana —la naturaleza no cuenta para él— que nos pinta el moralista metido a novelar, es desconsoladora: únicamente se limita a censurar el vicio de la gula —tanto en hombres como en mujeres— e incluso en los hombres, ¡«obligados a dar ejemplo»!, pero que pasan las noches en orgías y comilonas. Unos y otros son «almas sedientas», pues ellas «se hartan (también) de beber en tabernas, bodas y comilonas...». El carácter misógino de nuestro Gusman se salva tratándose de Margarita de Austria, esposa de Felipe III, por la que siente gran admiración, y sobre todo agradecimiento, pues, ella le liberaría de ser ajusticiado, como encarnación que era del «*barmherziges foemeninum genus*»; el caritativo femenino «frente al *umbarmherziges Urteil des masculini generis*». La fidelidad y devoción a la reina Margarita continúa latente hasta el final de la novela, pues al regresar a España con su compañía, al final de la novela, intervendrá el pícaro «alemán» en la representación de una comedia, durante los festejos de la boda de la princesa austríaca con el monarca español.

Curioso es que Gusman no se atreva a confesarnos que estuvo en Viena, y se va a servir del socorrido recurso literario de una segunda persona, en este caso el embajador turco, para incluir los «estados austríacos» en el colectivo de países censurados por su vida licenciosa e inmoral.

Cuando está poniendo de «quítame dómine» a los mesoneros y bebedores alemanes, nos dice Gusman que esto le recuerda al embajador turco que, al llegar en un carnaval «a la Viena austríaca», vio la euforia y la serie de mascaradas, frivolidades y descomposturas licenciosas de aquellas gentes, por lo

que decidió volver al instante a Constantinopla; y, al preguntarle qué había visto en Alemania, respondía «lauter Narren», «solo locos». (cap. LVI).

Este, en fin, no es nuestro sevillano Guzmán. Nos lo han cambiado. Veremos de cuan distinta manera enjuiciaría Estebanillo González los carnavales vieneses.

Estas noticias de Albertinus sobre Austria son puras, simples y vulgares descripciones geográficas. Alemania es muy grande, y consta de las más diversas provincias, a saber: «die österreichischen Landen, Bayern, Schwaben, Franken, Sachsen y Westfalen (...)». Los austriacos –sigue informando el soporífero Gusman– limitan por un lado con Hungría y por el otro con Bohemia– Baviera. Ante tanta simpleza, demos entrada a nuestro ilustre hijo del Spessart, quien nos contará algo más interesante de Viena.

SIMPLICIUS SIMPLICISSIMUS ASCENDIDO A CAPITÁN EN VIENA

El viaje de Simplicissimus y su breve estancia en Viena presenta contornos muy especiales, condicionados, a) por la biografía de su progenitor Grimmelshausen y b) por la amistad a la que rinde tributo en la figura ficcional de Hertzbruder. La omnipresencia de la guerra se hace imprescindible y el viaje a Viena –sede cesárea– estará motivado por obligaciones del oficial Hertzbruder con sus superiores, los condes de las tropas imperiales von Götz y von der Wahl.

El viaje lo emprenderán ambos amigos desde Einsiedeln, el célebre santuario mariano suizo, por donde también pasará Estebanillo González, como ya hemos mencionado anteriormente, y desde allí hasta Ulm, para embarcar en esta ciudad y por vía fluvial, Danubio abajo, llegar hasta Viena.

Pero vayamos a la novela y que nos cuente Simplicius en persona los motivos y razones del viaje:

«Hertzbruder, entretanto, se enteró por noticias que circulaban de que el asunto del conde Goetz marchaba bien, que había sido rehabilitado ante su Majestad Imperial [...] (al fin) conseguí de Hertzbruder que me llevara consigo a Viena para poder disfrutar de la esperada buena suerte» ¹⁴.

Antes de pasar adelante, quiero y debo subrayar la sustancial aportación de Grimmelshausen a la novela picaresca, al coexistir en la misma, poesía y verdad o historia y literatura.

¹⁴ *Simplicius Simplicissimus*. Versión española, p. 407.

Los generales von Götz y von der Wahl serían dos de los múltiples oficiales, famosos en la Guerra de los Treinta Años, y a los que servirían Grimmelshausen y Simplicissimus. Concretamente, al conde von Götz, Johan Wenzel, lo conocería Grimmelshausen en Westfalia, y le serviría como mosquetero y dragón, para al final Simplicius conocerle en este su viaje a Viena, donde será ascendido a capitán, y le acompañará hasta la batalla de Jankau (1645), donde el noble militar perdería la vida.

Hertzbruder a su vez sería «*fac totum*» del general y su secreto amigo preferido.

También el conde von der Wahl es otro militar ilustre en la Guerra de los Treinta Años; era comandante gobernador de Westfalia cuando Simplicissimus está en el cenit de su carrera triunfal, como cazador de Soest. De él recibe nada menos que el indulto en una situación límite y le reencontrará en el citado viaje a Viena.

Sigamos ahora por orden la narración de los hechos:

«Nos equipamos, por tanto, con mi dinero como dos caballeros, con ropas, caballos, criados y armas, por Constanza pasamos a Ulm, donde nos embarcamos, y por el Danubio llegamos en ocho días felizmente a Viena. Durante el viaje observé que las mujeres que habitaban en las orillas del río no decían ni palabra a los pasajeros que las interpelaban, sino que les contestaban mostrando sin más cuanto puede ser indicativo para un varón»¹⁵.

La parquedad descriptiva y las prisas en llegar a la meta del viaje es, como ya hemos dicho, la tónica de los narradores de la picaresca. En dos escuetas líneas traslada Grimmelshausen al lector, de Constanza a Viena, y lo único que averiguamos, es que pasan Simplicius y su amigo por Ulm, que bajan por el Danubio y que en ocho días llegan a Viena. ¡Menos mal que nos obsequia con esa hermosísima pincelada costumbrista! que, por rubor, el honestísimo autor alemán no se atreve a desvelar: las mujeres ribereñas contestaban a los pasajeros «mostrando sin más cuanto puede ser indicativo para un varón». Continúa filosofando a lo alemán el moralizador Grimmelshausen:

«¡Qué cosas raras suceden en este veleidoso mundo! Suele decirse que quien todo lo sabe, pronto se hace rico; yo, sin embargo, digo que quien siempre sabe adaptarse a los tiempos, pronto llegará a ser grande y poderoso. Fortuna, que suele distribuir poder y riqueza, me miró con buenos ojos, y después de estar varios días en Viena, me brindó oportunidades bastantes para ascender sin muchos obstáculos por los peldaños de la grandeza. Y, sin embargo, no lo hice. ¿Por qué? Porque pienso que mi hado había decidido algo diferente, a saber, dejarme guiar

¹⁵ Idem, L. V, cap. 3.º, p. 408.

por mi necesidad. El conde von der Wahl, en cuya compañía me había dado a conocer en Westfalia, se encontraba precisamente entonces también en Viena cuando allí llegué en compañía de Hertzbruder. Aquél asistía a un banquete en el que se encontraban varios consejeros de guerra imperiales, el conde de Götz y otros más»¹⁶.

Al gran banquete, como es fácilmente de suponer, sería invitado también Simplicius, el famoso cazador de Soest, quien, además de —siempre según palabras de su «hermano del alma»— «valiente soldado con olfato para la pólvora [era], un buen jinete, un perfecto esgrimidor, excelente armero y experto artificiero». Nada o muy poco nos informa el pícaro de Viena. Como a todos ellos, les pierde la ostentación y el protagonismo, la pasión por la comida y la bebida. Así nos lo confiesa:

«Con todo, cogí yo también una buena borrachera y creo que dejé entrever cuan poco había frecuentado *la Corte*. Resultado de todo ello fue que un coronel de infantería acabase por ofrecerme una compañía en su regimiento, ofrecimiento que me guardé muy bien de rechazar.»

Simplicissimus —con honrada sinceridad— nos muestra que es de un paño distinto al de los de su estirpe, y que es cierto que no «ha frecuentado la corte», aunque sí la utilizará para el medro o ascenso profesional. Aunque, el estrellato y la oficialía le «ocasionaban grandes quebraderos de cabeza, y así en la primera ocasión, que no se hizo esperar, fuimos fácilmente aniquilados. En ella perdió la vida el conde de Götz» y Hertzbruder y Simplicius salieron malparados. «Seguidamente nos dirigimos a Viena para curarnos y porque allí teníamos además nuestro dinero». Pero a Hertzbruder le recomendaron unas aguas medicinales como terapia para sus graves heridas y deciden regresar a la Selva Negra.

«¡Tan de improviso cambió nuestra suerte! Hertzbruder había tenido recientemente la intención de casarse con una distinguida dama con el propósito de llegar a ser barón, y a mí ascenderme a la nobleza». ¡Vanitas vanitatum! «Cuando Hertzbruder pudo cabalgar, transferimos a Basilea, mediante letra de cambio, cuanto teníamos, pues hacíamos bolsa común, nos proveímos de caballos y criados y nos dirigimos, Danubio arriba, hacia Ulm, y desde allí al susodicho balneario. Corría el mes de mayo y era un placer el viajar»¹⁷.

¹⁶ *Idem*, p. 408.

¹⁷ *Idem*, p. 411.

**ESTEBANILLO GONZÁLEZ SE CODEA EN VIENA
CON DIPLOMÁTICOS, INFANTES Y REALEZAS. PARTICIPA
EN EL «CARNESTOLENDAS» VIENÉS Y RECIBE EL AGUINALDO
DE AÑO NUEVO**

Viena, la sede de la corte imperial y cesárea, será parada obligatoria de Estebanillo, «gaceta común de todos», «postillón de nuevas nuevas», donde sería agasajado con opípara comida y exquisitos caldos, incluso regalado con valiosas dádivas para el viaje. ¡Cuán distinta será la acogida al «semidiplomático» —según Bataillon— de la de los hostiles ingleses, franceses y aun de la de sus propios paisanos los italianos, donde sólo en Roma y Nápoles se siente como en su casa.

Pero iniciemos ya nuestra andadura a lo largo del periplo, mitad ficción, mitad realidad. La novela está dividida en trece capítulos y todas sus peripecias, ya desde el capítulo 1.º —«en que da cuenta de su nacimiento, estudios y travesuras» y de un chiste donoso que le sucedió y el viaje que hizo de Roma a Liorna—, hasta el 6.º, sus viajes y peregrinaciones discurren principalmente por el sur de Europa, entre España e Italia, y a una velocidad de vértigo, a lo Julio Verne o con las botas de siete leguas de Peter Schlemihl. En este capítulo «da cuenta del presidio que tuvo en Rosas, el viaje que hizo a Milán y cómo pasó a la Alsacia y se halló en la batalla de Nordlingue» (Nördlingen). A partir de este instante (1643) y siempre en el marco de la Guerra de los Treinta Años, y con ésta como telón de fondo, podemos seguir la cronología y el itinerario del «correo imperial» con bastante precisión y exactitud. Y con idéntica certeza podemos constatar la autenticidad e historicidad de los personajes austríacos o emparentados con la corte vienesa, todo ello expresamente enunciado en los capítulos VII, IX, X y XI. Serán los tres primeros los más sugestivos para nosotros por estar documentado, según la correspondencia de Piccolomini, que, en 1642 «Stefanillo» ejerció como correo entre el campamento imperial y Viena, pudiendo situarse uno de sus viajes a la corte del Imperio entre febrero y marzo de ese mismo año. Pero unos meses antes, Estebanillo vivirá en su propia alma —y perpetuará en inmortales versos— la muerte de Don Fernando de Austria, conocido por el Cardenal Infante, hermano de Felipe IV, y Gobernador de los Países Bajos, a quien Estebanillo siempre denominará Infante Cardenal, Alteza Serenísima o Alteza a secas. Nuestro héroe, agradecido siempre a sus señores, supo llorar su orfandad y sentir la pérdida días enteros. «Sólo diré que como yo —puesta cada cosa en su tanto— perdía más que todos, estuve tres días sin comer ni beber, hechos mis ojos dos fuentes y mi corazón un centro de ardientes suspiros». Pero...

«a el cuarto día me apretó la hambre [...] e imaginando que mis lágrimas no lo habían de resucitar y que no era cosa decente llorar por quien estaba pisando rayos de luz, manojos de estrellas y racimos de luceros [...], después de haberme animado, salí a desistir pesares y a buscar mi vida»¹⁸.

De una tacada —como era su táctica— se plantará desde Bruselas en Viena, para ponerse de nuevo a las órdenes de su viejo amo, el duque de Amalfi, es decir Ottavio Piccolomini. Vale la pena acompañarle en estas jornadas, extendiéndonos más de lo habitual en la narración del viaje y descripción de las llegadas y acogidas en Viena. Hemos de retroceder, sin embargo, al capítulo VII, puesto que en él, al ser aceptado como criado de Piccolomini, estará por primera vez en Viena —a la que hará alusión dieciocho veces a lo largo de la novela— siendo inferior el número de viajes a la corte.

«En este tiempo hizo mi amo un viaje a Alemania a reforzar el ejército imperial que estaba a su cargo en defensa y custodia de estos estados. Partió de esta corte en caballos ordinarios, siendo yo uno de los primeros que le iban sirviendo de norte y no de los postreros en llegarnos a comer en su mesa y en silla baja, a uso de corte. Tomaba cuanto me daban sus camaradas y los títulos y señores de las villas y ciudades por donde íbamos pasando; yo, por no dar, aún no daba a ningún criado los buenos días. Llegamos a Viena, adonde, sin limpiarnos las botas de las salpicaduras del camino, fui a besar la mano a la *cesárea Majestad de la Emperatriz María*, la cual, con ser yo pequeño y no usarse en Alemania chapines, me hizo grande del sacro imperio; mandóme cubrir como a potentado. Yo, viéndome favorecido y en vísperas de privado, me endiosé con tanta gravedad y vanagloria, que en lo hinchado y puesto en asa parecía botija de serenar. Llegó un paje por detrás de mí, y viéndome tan espetao y relleno, metió por debajo del envés de la barriga un puntiagudo aguijón que podía servir de lengua a una torneada garrocha y dar muerte con ella al más valiente novillo del Jarama. Disimulé el dolor, aunque era insufrible, y al cabo de un rato me salí de la sala por no poderlo sufrir, y encontrando al mayordomo mayor le dije:

—Señor, ¿cómo se permite que se atrevan los pajes a los príncipes extranjeros y de tanta calidad que se cubren delante de Sus Majestades cesáreas?

El cual, dejándome con la palabra en la boca y volviéndome las espaldas, me respondió:

—Esos son los postres de los bufones.

Cuyas palabras me dejaron tan mortificado y sin espíritu, que en muchos días no me atreví a volver al palacio. Mi amo, con la mayor brevedad que pudo hizo su ejército, y dándole orden de marchar la vuelta a Flandes, fue prosiguiendo su viaje. Y yo, por no volverme de vacío, *me fui a despedir de la Majestad cesárea de la Emperatriz, la cual me mandó dar una taza grande de plata y cien*

¹⁸ Véase *Estebanillo González*. Ed. de Carreira-Cid. L. II, cap. IX, pp. 186-189.

escudos de oro. Al punto que lo recibí, tomé la posta y corrí en ella hasta Praga, cabeza del reino de Bohemia» ¹⁹.

De los cuatro pícaros seleccionados, Estebanillo será el que más vinculado está a la corte vienesa y el que mejor explote su condición de dignísimo paje y correo imperial. Sus majestades cesáreas —en especial la emperatriz— aparece siempre aureolada por las excelsas virtudes de la hospitalidad, la magnanimidad, la cordialidad y la sencillez. Testimonio de ello encontraremos en cualquiera de sus varios viajes, como mensajero, desde Praga, Bruselas o Polonia a Viena. Hay uno de ellos ²⁰, éste desde Bruselas, que al final será fluvial —Danubio abajo— que nos recuerda a *Simplicissimus*, pero el autor de *Estebanillo* es algo más explícito y acude a algunas puntualizaciones atributivas y descriptivas que vale la pena recordar:

«...tomé las prevenidas postas y repitiendo al son de su trote ‘adiós Bruselas’, pasé a Namaur, Marcha y Lisel, adonde después de romper los cristales de la Musela y fatigar el bosque de Crucenaque, y desempedrar las calles de Wormes, Fraquendal y Donaverta ²¹ (plaza del duque de Baviera, adonde me embarqué en el caudaloso y nombrado Danubio, cuyas rápidas corrientes bañan el reino de Hungría, y con soberbia del golfo desembocan en el mar de Constantinopla), desembarquéme en Viena, harto cansado de haber ido sobre elemento tan prodigioso para todos y de tan poco provecho para mí; y antes de descansar ni tomar posada, fui a visitar a las *Cesáreas Majestades*, teniendo orden del mismo emperador, así que entré en su sala real, que no hablase cosa que tocase a Su Alteza Serenísima el infante cardenal, por el gran sentimiento que hacía cuando lo oía nombrar la Cesárea Majestad de la emperatriz su hermana. Holgáronse de verme y de oirme, y haciéndome aliviar el mareamiento de mi embarcación. Estuve algunos días hecho caballero festejador y recibidor general de cuanto me daban, mareándose de tal suerte la cochinilla del gracejo, que no trocara mi oficio por el mejor gobierno. [...] En efecto, tuve un poco de buen tiempo en aquella corte, teniendo muchos provechos de dádivas fuera de casa y muchos regalos dentro de ella, y algo se me había de pegar a mí de andar entre príncipes y señores» ²².

Pero será en uno de estos sus servicios —y por coincidencia con las fechas, históricamente demostradas, del carnaval de 1639— donde recibiremos alguna información sobre costumbres y tradiciones vienesas:

¹⁹ *Idem*, pp. 59-60.

²⁰ Estebanillo está refiriéndose al viaje que Piccolomini realizó de Bruselas a Alemania, llamado por el Emperador, el 22 de enero de 1637.

²¹ Obsérvese la curiosísima traducción que hace el autor del «Estebanillo» de algunos topónimos alemanes: Crucenaque! (*Kreuznach*), Fraquendal! (*Frankenthal*), Donaverta! (*Donauwörth*).

²² Véase *Estebanillo*, t. II, pp. 185-188.

«Al cabo de algunos días volvió mi amo segunda vez a el Imperio, yéndole yo sirviendo en figura de correo hasta llegar a la corte de Viena, la cual hallé llena de máscaras, fiestas y regocijos, por ser Carnestolendas y tierra donde se celebra más que en ninguna parte de la Europa. Y yo por oír decir ‘donde quiera que fueres haz como vieres, hice media docena de mascaradas los primeros días con ayuda de amigos y conocidos...»²³.

Resaltamos una vez más el carácter hospitalario, divertido y alegre de los vieneses. Estebanillo se integrará plenamente en aquella sociedad festiva y participa en la alegría de las mascaradas e inocentadas. Pudiera aducir algún ejemplo más de la estancia y «paradas» en la corte vienesa, pero para no robarle ni tiempo ni espacio a nuestra «impaciente Coraje», terminaré nuestro acompañamiento a Esteban González con su última estancia en Viena, procedente de Polonia, y antes de partir para Italia y España. He aquí su propia narración:

«Despedíme del faraute, y después de haberle dado para guantes, proseguí mi viaje, atravesando la Hungría y regalándome con sus fuertes y sabrosos vinos. Llegué a la Corte Cesárea, adonde por verme entrar con ostentación de carroza y autoridad de criados y caballos, tuve ciertos bostezos de ponerme un ‘Don’, aunque no fuera yo el primer bufón que lo ha tenido, ni me sentara mal, siendo correo imperial y real que me llamasen don Estebanillo [...] Informáronme en Viena de cómo mi amo había pasado a Italia, y que desde allí se había embarcado para España, cuya nueva sentí en extremo, por carecer de la merced que me hacía, y que por su respeto me hallaba en tanta propiedad. Fuíme a palacio a dar a Su Majestad Cesárea la carta de recomendación que traía de la reina de Polonia, la cual, después de haberla leído, me prometió favorecerme en cuanto se me ofreciera, y por ser a cuatro días de mi llegada día de año nuevo, cobré mi aguinaldo de todos los señores de aquella corte, los cuales me doblaban la parada por verme gentil-hombre de carroza. Pero por no hallarme con gusto cumplido por estar ausente mi amo, me determiné pasar a Italia, [...], me fui a despedir de las Cesáreas Majestades, y después de haberme mandado dar una ayuda de costa y un imperial pasaporte, me honró la emperatriz con una carta de favor para el católico y poderoso rey de España, su hermano y mi señor».

Dejamos a nuestro Estebanillo, tentado de anteponerse el Don, pero una vez más tratado por las Cesáreas Majestades y por la nobleza y diplomacia de la corte vienesa como un auténtico *señor*.

COURASCHE HACE EL AGOSTO EN VIENA

La última de las grandes pícaras europeas será «la flor y nata de la picardía femenina» y justificará su inclusión en esta nómina de «los grandes» y el

²³ Idem, pp. 90-94.

título de estas páginas, puesto que sus alusiones y su estancia en la Imperial Viena harán de esta corte posada de alcurnia, con rango de varias estrellas y numerosos tenedores.

Consciente de su incomparable belleza, adornada con el don afamado de una irreprochable castidad y de otras muchas más virtudes, sólo le faltaba resaltar su hermosura de joven novia con vestidos mandados comprar exprofe-so en Viena, en aquel entonces, metrópoli de la moda y la elegancia. Nos encontramos en el comienzo de la novela, en el capítulo IV. Después de habernos enterado con anterioridad de que Libuschka, tal era su nombre de pila, era hija de una campesina y de un noble de Bohemia, y cómo a los trece años comienza su vida pública —tras haber recibido esmerada educación— disfrazada de muchacho, para —según consejos de su tutora— si «la doncella Libuschka quería seguir siéndolo, lo mejor sería que se rapase el pelo y se pusiera ropa de hombre». De otro modo, ella no respondería por su honor, puesto que las tropas imperiales se acercaban a Bragoditz, y ya se sabe el comportamiento de la tropa al conquistar, saquear y expoliar una fortaleza. (*Courasche*, cap. II). El joven mancebo —apodado ahora Janko— entraría al servicio de un maestro de caballería —joven y bello «cavalier» (*Courasche*, cap. III)— como paje y asistente. Pero no duraría mucho la farsa, pues, poco después de la batalla de Weisser Berg —en las cercanías de Praga (Nov. 1620)— donde le hubiera gustado ser hombre de verdad, se descubrió inesperadamente su feminidad. Al increpar a un bohemio que despotricaba de su nación, llegaron ambos de las palabras a los hechos, y en el fragor de la pelea, vio su rival frustradas las esperanzas de victoria al echarle la mano a la entrepierna y no encontrar el buscado asidero.

Descubierto el pastel —y a la vista de sus «níveos pechos» y de aquel rostro, torrencera de lágrimas de cocodrilo, su galante amo prometió «salvaguardar mi virginidad y su honor como su propia vida», aunque sus «posteriores exploraciones me gustasen más que sus sublimes palabras de juramento». Confesará Courasche «pues tal nombre le pusieron por ser una moza de agallas, resolutiva y de gran coraje, que antes de casarse ya había practicado de soltera algún tiempo el nuevo estado» y que si su amo no se hubiera casado con ella, «en el momento más inesperado le hubiera obsequiado con una bala». Ahora bien, lo que sí es cierto es que el primero de sus seis maridos —quien siempre buscaba una disculpa para no llevarla al altar— no podía resistir sus seductoras tentaciones, y para tranquilizarla, «me mando hacer en *Viena* un vestido a la nueva moda, como el que llevaban en Italia las señoras de alcurnia»²⁴.

²⁴ Idem, pp. 239-240.

Pero muy poco duraría esta felicidad, pues en la campaña húngara, cerca de Pressburg, murieron en una emboscada el general Buquoy, jefe del comando, y su propio marido.

Después de enterrado su marido con los honores propios de su estado, Courasche decide marchar a Bragoditz, su patria chica, haciendo un alto en Viena, eso sí, en plan de viuda distinguida, acompañada de un gran séquito de criados y criadas, con un monumental bagaje.

Viena será el escenario de todo el capítulo V —donde haremos parada— y donde nuestra pícara practicará la prostitución de altura, siendo sus principales presas un conde y un embajador. Viena, lo mismo que Madrid en el curriculum de otras pícaras ilustres, como *La Garduña de Sevilla* o *La niña de los Embustes, Teresa de Manzanares* —ambas de Castillo Solórzano—, será «maremagnum donde todas campan y viven» o «piélagos que admite todo peje» (*La Garduña*).

Vamos a dejar a Courasche que ella misma nos cuente —según anuncia el autor en el epigrafiado del capítulo— algo de su vida «alocada y despiadada» como viuda.

«Al no poder realizar —por cuestiones de seguridad— el pretendido viaje de *Viena* a Bragoditz, y como era terriblemente caro el tener que comer en las fondas, vendí todos los caballos, despedí a los criados, me agencí en su lugar una criada y alquilé una habitación con cocina y alcoba en casa de una viuda, donde poder esperar hasta que se presentase la ocasión para la partida. La susodicha viuda era un as entre las del gremio. Tenía dos hijas de mi linaje, muy conocidas ellas entre los pillos de la corte y los oficiales de la tropa. Y quienes consiguieron que muy pronto me hiciera yo famosa entre aquella caterva de bandidos que se hacían lenguas de la belleza de la maestra de caballería».

Nuestra heroína, no muy avezada todavía en el arte de la seducción, encontró en la posadera la imprescindible celestina, quien además de aconsejarle cómo debía ir vestida y presentada, según la última moda, me enseñaba a conseguir que mi blanco cutis fuese aún más pálido y mis cabellos rubios más brillantes... y solía decirme: «es una lástima que una criatura tan hermosa tenga que andar envuelta en esos trapos negros y haya de vivir como una tortolita». De este modo no hacía sino echar leña al fuego de mis ardientes instintos.

Y a continuación encontramos una referencia muy curiosa: la futura dama de la alta sociedad vienesa leía el «*Amadís*» —que le había prestado la posadera— no sólo como pasatiempo, sino para aprender el arte de lisonjear y seducir, en el que muy pronto no tendría rivales:

«Iba comenzando ya a olvidar poco a poco a mi capitán, que ya no podía darme calor, y como veía que las hijas de mi patrona eran tan bien correspondidas, se me hacía la boca agua pensando en nuevos platos que incluso mi patrona hubiese preferido para mí antes que para sí misma...»²⁵.

El primero de los que logró picar fue un conde, quien quedó prendado de ella al verla un día en la iglesia. La conquista fue lenta y penosa, y la muralla no cedió hasta que «supo no sólo de los elogios a mi singular belleza, sino también de la famosa castidad y otras virtudes insólitas». Sus favores fueron retribuidos generosamente por el noble como consuelo por la pérdida de su noble marido.

«A éste le siguió el Embajador de una gran potencia, quien la primera noche me obsequiaba con 60 doblones. Después de éste vinieron otros, ninguno por cierto que no pudiera derrochar con liberalidad, pues los pobres o de poca alcurnia, se quedaban fuera o debían contentarse con las hijas de la patrona.»

Enumerar cuántos beneficios, favores, dineros y riquezas atesoró Courasche en Viena, no ha en este momento menester, no nos haga caer en la tentación esta «pecadora de amor» quien poco a poco fue convirtiendo en filosofía de su vida el siguiente pareado:

«Cada día algo se pierde
de belleza, hasta la muerte».

Y al hacer el recuento de su vida, confiesa que «se arrepentiría de haber hecho entonces menos de lo que hizo».

Y como nuestra pícara austro-húngara aventaja en inteligencia y astucia a sus correligionarias españolas, cuando se rumorea que la autoridad tenía noticias de «aquel su nido», se compró una «calesa» y dos caballos, contrató un criado y «sin pensármelo dos veces, tomé las de polvorosa, pues, de esta manera podía llegar sana y salva a Praga».

Escasísimas son las noticias que Grimmelhshausen nos ofrece de Viena. Muy poco averiguamos sobre «Land und Leute»; ¡ni una sola descripción de paisajes naturales y humanos! Podemos deducir, eso sí, que era una ciudad muy cara, y que era sede residencial de diplomáticos, nobles y altos militares; clientela preferida de Courasche. Aun cuando esto último lo sabremos en el

²⁵ Las citas de *La Pícara Coraje* están tomadas de la única versión española existente, edición de Manuel José González y traducción de José Manuel Esteban. Véase a este respecto cap. IV, p. 21.

capítulo siguiente, cap. VI, en el que veremos a nuestra protagonista nuevamente casada con un capitán que la liberó de las garras de unos salteadores. Escuchemos sus palabras: «Apenas llevaba un mes en la armada cuando me encontré con algunos altos oficiales que no sólo me conocían de *Viena*, sino que habían sido buenos clientes. Pero eran tan discretos que no dijeron palabra sobre lo ocurrido».

Muy pronto enviudará de nuevo Courasche y la curva profesional sigue el rumbo descendente. Su tercer marido será un teniente, quien acabará ahorcado en un árbol. Cual otra «*Madre Coraje*», su antecesora vivirá en la guerra y de la guerra, y cuando queda por tercera vez viuda, la encontramos en el Palatinado, en la conquista de Mannheim y Frankental y en la armada de Gonzalo Fernández de Córdoba —«Corduba» según su referencia.

La viudedad es otra vez fuente apreciable de ingresos y así lo declara recordándonos o comparando su nuevo estado con su estancia en Viena: «Despedí también a mi servidumbre, para tener menos gastos, e igual de bien que viví en *Viena*, vivía ahora aquí» (Id. cap. IX).

Con este cariñoso recuerdo de los felices años de bien vivir de «La pícaro» centroeuropea en Viena, terminamos esta gira como gregarios acompañantes y testigos de este cuarteto singular, hombres de buen humor, «de honrado bregar», y de dudosos oficios, pero de pingües beneficios, de lo que dio muy buena muestra «el correo de Majestades», nuestro Estebanillo, cuando se despedía de la Viena alegre, cosmopolita, hospitalaria y generosa: «Yo me quedé en *Viena* a cobrar los gajes de haber entretenido a los alemanes y entristecido a los hebreos [...] Díome Su Majestad Cesárea una cadena de oro, y otra el Archiduque Leopoldo, su hermano, y otra el príncipe Matías, sin (contar) otras dádivas de títulos y señores».

Hoy día ya no existen en la antigua «parada y fonda» ni pícaros ni europeas Majestades, ni archiduques, ni príncipes, pero continúa siendo «mar donde acuden los ríos del poder y la diplomacia, patria común de todos los extranjeros», templo de las musas —de la música y el teatro— remanso de paz y modelo de apacibilidad y ternura, y si no, pregúntenselo a nuestra amiga Courasche.

BIBLIOGRAFIA

- Bataillón, M.: *Pícaros y picaresca*, Madrid, Taurus, 1969.
 Del Monte, A.: *Itinerario de la novela picaresca española*, Madrid, Lumen, 1971.
 Jacobs, J.: *Der deutsche Schelmenroman*, Munich-Zurich, Artemis, 1983.
 Heidenreich, H.: *Pikarische Welt. Schriften zum europäischen Schelmenroman*, Darmstadt, Wissensch. Buchgesellschaft, 1969.

Maravall, J.A.: *La literatura picaresca desde la historia social*, Madrid, Taurus, 1986.

Molho: *Introducción al pensamiento picaresco*, Salamanca, Anaya, 1972.

Parker, A.: *Los pícaros en la literatura: La novela picaresca en España y Europa (1599-1753)*, 2.^a ed., Madrid, Gredos, 1975.

Ricapito, J.V.: *Bibliografía razonada y comentada de las obras maestras de la novela picaresca*, Madrid, 1980.

Rico, Fr., *La novela picaresca y el punto de vista*, 2.^a ed., Barcelona, Seix Barral, 1976.

Rötzer, H.J.: *Picaro-Landstörtzer-Simplicius*, Darmstadt, Wissensch. Buchgesellschaft, 1972.